

LA FIDELIDAD COMO PERSPECTIVA PASTORAL DEL NOVIAZGO CRISTIANO

MARCELO MERINO RODRIGUEZ

Es una experiencia agobiante de la historia que bastantes manifestaciones de la vida cambian; que da la impresión de no encontrarse en la vida humana casi nada fijo a lo que uno pueda atenerse de una vez para siempre. Esta transformación se puede comprobar nitidamente en la superficie externa de la vida, en el fenómeno que suele denominarse moda. Igualmente lo que pudiéramos llamar superficie interna o comportamiento de los hombres evoluciona vertiginosamente. Incluso, si ponemos nuestra atención en lo más íntimo del ser humano, contemplaremos una multivariada gama cambiante que trasciende a las variaciones morales de las personas mismas. Los ejemplos al respecto podrían multiplicarse.

Es verdad que en estas líneas caeríamos en el pecado de presunción aunque sólo pretendiéramos hacer siquiera un resumen medianamente completo del noviazgo. Pero por ser éste un aspecto de no escasa importancia y riqueza en la vida cristiana, merece que fijemos en él nuestra atención. Por otra parte, es el noviazgo uno de los temas que está sufriendo hoy día las consecuencias más nefastas de esa vertiginosa evolución a la que anteriormente nos referíamos. No sería, efectivamente, difícil encontrarnos con respuestas fluctuantes entre la timidez y la cobardía, por una parte, y entre la bobería y la escasez de luces, por otra, ante el interrogante del noviazgo. En el mejor de los casos se trazarían unas líneas de acción que tendrían poco que ver con la verdadera realidad que el noviazgo cristiano supone.

Vemos en nuestra sociedad que el sentido del noviazgo cristiano no es comprensible para cualquiera, sino que es el resultado de una concepción totalmente determinada de la vida humana. Existen relaciones entre hombre y mujer que están ligadas al ambiente de una interpretación determinada de la vida, y los valores que esas relaciones encierran se pierden o, al menos, se desvirtúan en la medida en que declina el mundo espiritual que las sustenta. De ello se deduce que determinados noviazgos se encuentran cerrados a la comprensión de quienes no están familiarizados con otras interpretaciones no sólo humanistas, sino también transcendentales a lo humano.

Por otro lado, y quizás sea ésta la perspectiva más generalizada en determinados ambientes, la comprensión de determinados valores largo tiempo tradicionales dentro del noviazgo cristiano ha perdido su fuerza de convicción, con la consiguiente y creciente decadencia de la vida auténticamente cristiana.

En el mismo orden de cosas y desde una dimensión estrictamente teológica, no se pueden olvidar —ni confundir— aquellos dos aspectos que enmarcan todo noviazgo entre bautizados. Nos referimos a la perspectiva vocacional y a la proyección sacramental que todo auténtico noviazgo encierra. Ese sentido vocacional, que en el lenguaje teológico se denomina gracia *gratis data*, implica una dignidad específica en orden a los mismos novios y a la construcción de la Iglesia. El noviazgo cristiano, pues, es camino divino y santo para los hombres; es decir, la realidad que supone el noviazgo entraña una cierta comunidad de fe, esperanza y caridad, como fundamento sólido de aquellas otras dos existencias, tanto la personal de los mismos novios como la eclesial. Precisamente son esas virtudes sobrenaturales como las cotas señeras de la predilección de Dios para con los jóvenes novios y para con su Cuerpo místico, que es la Iglesia.

Desde este punto de partida, los novios deberán enfocar toda la realidad que les ha caído en gracia vivir. Además, esta determinada vocación divina, esa dignidad eclesial a la que están llamados, entraña unas concretas exigencias que no pueden ser cambiadas o transformadas al abrigo de cualquier capricho: una bien determinada vocación o llamada divina, exige necesariamente por su misma naturaleza una bien concreta respuesta humana. Por todo ello, el noviazgo cristiano no es una realidad que haya de contemplarse perdiendo de vista a Dios; no es el noviazgo cristiano un asunto que pueda resolverse por las únicas fuerzas humanas, ni es una simple opción personal ante diversas posibilida-

des. La fe, esperanza y caridad otorgadas gratuitamente por Dios reclaman una serie de aspectos a contemplar y ejercitar por parte de los jóvenes que se preparan al matrimonio, en orden a su propia santidad y a la edificación de la misma Iglesia. Esta es precisamente la dignidad y grandeza del noviazgo cristiano que toda acción pastoral debe tener en cuenta.

Por otra parte, la proyección sacramental, como segunda coordenada definitoria del noviazgo entre bautizados, configura una serie de aspectos a tener muy en cuenta. Más abajo intentaremos delinearlos debidamente. No obstante, desde estas primeras líneas quisiéramos constatar un hecho claro: los novios no han recibido aún la gracia sacramental del matrimonio; por ello, el amor mutuo entre los prometidos deberá reunir unas características específicas para ser santo. La vocación matrimonial de los novios trae con ella misma las consiguientes ayudas de Dios para seguirla, pero no han de confundirse con aquellas otras que vienen aseguradas por la gracia sacramental del matrimonio. La distinción teológica que acabamos de señalar no es pequeña, y las consecuencias morales que de ella se derivan habrán de tenerse en cuenta. Así pues, de cara a la preparación pastoral de los novios será del máximo interés dar el relieve necesario a la distinción anteriormente indicada, para no caer en posiciones erróneas y de consecuencias nada saludables, en el sentido teológico del término.

El noviazgo cristiano

Sin pretensiones que no vienen al caso, diremos que el término novio o novia, que aplicamos a determinadas personas, posee unas características propias que le definen e identifican. Si volvemos nuestra mirada a la lengua latina, mucho más explícita en ocasiones que sus derivadas, como puede ser la castellana, notaremos que el novio, y su correspondiente femenino, viene expresado en dos vocablos: *sponsus novus*. Así, pues, tendríamos que afirmar con rigor terminológico que “novio” es el nuevo esposo, el recién casado. A pesar de ello, siguiendo el común sentir popular, denominaremos “novios”, a las personas cuya condición o estado “es la situación, la actitud interior, la conducta mutua —y en relación a terceros— de un hombre y una mujer, en el tiempo que precede a su posible matrimonio y con vistas, precisamente a ese matrimonio”¹. Lo que sí cae fuera de toda duda es que el matrimonio, bien inmediatamente antes o después, es el sustan-

1. J. L. SORIA, *Amar y vivir la castidad*, Madrid 1976, p. 133.

tivo al que ha de referirse inexorablemente el término adjetiva! novio.

Las anteriores generalizaciones terminológicas tienen su importancia. Así, el término excluye cualquier enamoramiento adolescente o adulto que no tenga en su perspectiva el matrimonio. Y por el mismo motivo, o por decir mejor, con menos motivo se puede denominar noviazgo al simple trato entre un chico y una chica. Fundamentalmente, el noviazgo implica una intencionalidad hacia el futuro, que —por el sentido de responsabilidad (*sponsus-spondere*) que lleva implícito, por el compromiso más o menos expreso que encierra, y, por sus otros caracteres específicos— supera y trasciende la pura y simple relación entre el *boy-friend* y la *girl-friend*. También por el otro extremo, hay que rechazar el noviazgo “a perpetuidad”; es el matrimonio su meta final y a él ha de tender inexorablemente.

Siendo el noviazgo no sólo un tiempo que precede al matrimonio, sino que es sobre todo su preparación, su escuela, exige por ello que aquél sea contemplado a la luz de éste. Así, pues, los trazos maestros que deberían dibujar el noviazgo, son aquellos mismos que señalan el auténtico matrimonio, según la doctrina de la Iglesia: el contrato matrimonial y el sacramento. Estas líneas maestras son las que señalan precisamente aquellos valores humanos y cristianos característicos del noviazgo.

Respecto al contrato, hay que afirmar que encuentra su núcleo esencial en el consentimiento mutuo, que, para que goce de autenticidad, debe reunir la premisa fundamental de la libertad. Cualquier presión, externa o interna, puede constituirse en enemigo mortal de dicho contrato. A su vez, la persona, para realizar un acto libre, debe estar en posesión de una cierta madurez. Y, finalmente, el contrato debe ser conforme a la naturaleza del matrimonio, objetivo tendencia del noviazgo, tal como lo entiende la Iglesia, como genuina intérprete de la ley natural, es decir, debe estar adornado de estos tres valores: la fidelidad, la indisolubilidad y la aceptación de la fecundidad.

Puestas las anteriores premisas, fácilmente se deduce el papel del sacramento en el matrimonio. La gracia informa, eleva la naturaleza. En el tema que nos ocupa, la pastoral debe fijarse, quizá más que en otros tratados teológicos, en aquel aspecto dogmático que hace del matrimonio, no sólo una cosa sagrada, santa, sino causa de la misma santidad, es decir de la gracia. El matrimonio cristiano es en sí mismo un auténtico y propio sacramento; no es únicamente objeto, sino principal y primordialmente

sujeto de santificación. Este es el punto nuclear que distingue al matrimonio natural del recibido por un católico. No se trata de dos cosas antagónicas, como pretenden determinados autores; el matrimonio contraído por un hombre y una mujer bautizados es el mismo que el contraído por dos paganos, pero elevado de nivel por la gracia que él mismo produce.

Quizá sea a la luz de estas últimas palabras como mejor se vean esas otras coordenadas en las que debe moverse toda la actividad pastoral de la Iglesia en orden a preparar debidamente a los novios, a una correcta y digna recepción del sacramento del matrimonio. Nos estamos refiriendo, ciertamente, a aquellas circunstancias personales, que unidas a los valores objetivos e inmutables del matrimonio, señalan el camino recto y seguro que los novios han de emprender, aprender y hacer propio. Qué duda cabe que las circunstancias subjetivas, aunque circunstancias, juegan su papel decisivo. Y no solamente en el aspecto humano o natural del matrimonio (qué debe entenderse, según esas circunstancias subjetivas, por aceptación de la fecundidad, pongamos por caso); sino también en la perspectiva sobrenatural del matrimonio. ¿Es lo mismo, por ejemplo, preparar al matrimonio a un bautizado no creyente, que a un bautizado que de continuo actualiza su fe? ¿Hasta qué punto le es lícito al pastor de almas desaconsejar o favorecer el sacramento del matrimonio a los novios que acuden con un mínimo de fe? ¿Hasta qué punto, igualmente, es oportuno fomentar o no el matrimonio civil sólo a un cristiano no creyente? Estos y otros muchos interrogantes que la actividad pastoral de hoy plantea, necesitan una respuesta adecuada, que excede la limitación de estas líneas, sin duda. Son muchas las implicaciones dogmáticas, canónicas y salvíficas que entretejen dichas cuestiones².

Así, pues, sin la pretensión de orillar estos casos individuales, que por desgracia se van generalizando en nuestra sociedad, quisiéramos dejar señalados aquellos valores fundamentales que han de constituir la correcta preparación de los novios a la recepción del sacramento del matrimonio. Somos conscientes, una vez más hay que repetirlo, de que son muchos los problemas que trae consigo el matrimonio cristiano, católico. Sin embargo, no por ello hemos de caer en el desánimo. Nuestra mirada necesariamente ha de ser amplia, generosa; el lenguaje popular ya proclama que "el árbol no debe impedir ver el bosque". Precisamente, una educa-

2. Cfr. M. BOILLON, *La pastorale des fiancés*, en D. C., 67 (1970), pp. 373-376.

ción correcta del noviazgo, traerá consigo un matrimonio santo y propio de unos hijos de Dios. Proyectando la luz de la Iglesia sobre todos aquellos que se preparan al matrimonio, el pastor de almas conseguirá que tanto la naturaleza como la gracia se desarrollen en todas sus inmensas posibilidades, a la vez que hará disminuir aquellas excepciones o casos problemáticos³.

Antes de entrar en el desarrollo concreto de aquellos valores que han de presidir la enseñanza del noviazgo cristiano, permitásenos hacer algunas advertencias.

En primer lugar, diremos que la preparación al matrimonio, como ya advertía Pío XI, ha de ser próxima y remota, "pues no puede negarse que tanto el fundamento firme del matrimonio feliz como la ruina del desgraciado se preparan y se basan, en los jóvenes de ambos sexos, ya desde su infancia y de su juventud"⁴. Por ello, las directrices, aspectos u objetivos que aquí se señalen han de ser debidamente interpretados a la luz del Magisterio de la Iglesia anteriormente citado. Es verdad que los valores fundamentales son imperecederos, de siempre y para siempre, pero qué duda cabe que la naturaleza, sublimada por la gracia, sabe resaltar en momentos precisos de la edad humana aquellos aspectos concretos que sirven para germinar, desarrollar o madurar los valores, según los casos. Ciertamente, la naturaleza es la mejor de las maestras. Si en páginas más abajo se hace referencia a valores intelectuales, espirituales, morales y religiosos, no hay que olvidar que cualquier resultado humano se prepara no solamente a través de la adquisición de conocimientos y de hábitos, sino mediante un clima de auténtica expansión, cuyas manifestaciones más concretas son la amistad, la alegría, el dominio de sí mismo, el respeto a Dios y al prójimo, el sentido de responsabilidad, la experiencia de la oración, etc. "Es, pues, menester corregir las inclinaciones desordenadas, fomentar y ordenar las buenas desde la más tierna infancia, y sobre todo hay que iluminar el entendimiento y fortalecer la voluntad con las verdades sobrenaturales y los medios de la gracia, sin la cual no es posible dominar las perversas inclinaciones y alcanzar la debida perfección educativa de la Iglesia, perfecta y completamente dotada por Cristo de la doctrina divina y de los sacramentos, medios eficaces de la gracia"⁵.

3. De gran interés al respecto nos parece la lectura del artículo de G. CRUCHON, *De praeparatione pastorali ad matrimonium christianum puncta quaedam*, en "Period. Mor. Can. Lit.", 66 (1977), pp. 117-170.

4. Pío XI, Enc. *Casti connubii*, n. 43.

5. Pío XI, *Ibid.*, n. 44; cfr. IDEM, Enc. *Divini illius Magistri*, n. 35.

Vistas así las cosas, no se necesita de gran inteligencia para comprender, y es la segunda de nuestras admoniciones, aquellas palabras del Concilio Vaticano II: "La formación de los hijos ha de ser tal que, al llegar a la edad adulta, puedan con pleno sentido de responsabilidad, seguir incluso la vocación sagrada y escoger estado de vida; y si éste es el matrimonio, puedan fundar una familia propia en situación moral, social y económica, adecuada. Es propio de los padres, o tutores, guiar a los jóvenes con prudentes consejos, cuando se trata de fundar una familia..."⁶. Así, pues, es la familia quien se convierte preferentemente en el sujeto agente de la preparación matrimonial⁷; y ello no sólo como derecho propio, sino como auténtico deber apostólico⁸. Nada tiene de extraño, por tanto, que ya uno de los Padres de la Iglesia exaltara en el siglo IV como una de las alegrías mayores de la madre cristiana la preparación de sus hijos para el matrimonio⁹. De igual alegría y derecho propio goza la Iglesia, auténtica Madre y Maestra, según palabras de Juan XXIII, cada vez que prepara a sus hijos para el santo matrimonio. En este terreno no se pueden olvidar las diversas asociaciones y movimientos familiares que tienen como función característica la promoción integral de nuevos matrimonios.

Finalmente, referidos ya a la preparación próxima del matrimonio, hemos dividido nuestra comunicación en dos apartados generales para comprender con ellos toda la naturaleza del noviazgo cristiano; "escuela de amor" y "tiempo de gracia" son sus encabezamientos. Uno y otro título corren parejos, se dan temporalmente al unísono y apuntan idéntica finalidad suprema: la santidad. El móvil que nos ha impulsado a tratar antes uno y luego otro, no se debe sino a razones puramente metodológicas, a excepción —parece superflua la advertencia por evidente— de que la gracia no actúa sin la premisa de la naturaleza dada.

Escuela de amor

Decíamos más arriba que el contrato, que se manifiesta por el consentimiento mutuo, venía a constituir el núcleo matrimonial. De su importancia deriva la primera característica del noviazgo cristiano. Ciertamente, los novios gozan de esta ayuda in-

6. *Gaudium et Spes*, n. 52.

7. Cfr. *Ibid.*, n. 49.

8. Cfr. *Apostolicam actuositatem*, n. 11.

9. JUAN PABLO II, *Discurso a los obreros en el Estadio de Jalisco*, 30-I-1979.

comparable que la naturaleza de todo compromiso humano lleva consigo: libertad, madurez y fidelidad.

Para mentes no excesivamente despiertas puede parecer a primera vista que efectivamente el noviazgo encierra la posibilidad de romper sus relaciones con la otra persona pre-cónyuge. Incluso la libertad y la fidelidad pueden aparecer como conceptos contrapuestos. Precisamente para ayudar a esas inteligencias debe existir la "escuela del amor", donde los maestros convenientes han de desarrollar todas sus facultades. Habrá que advertir, por tanto, que la auténtica libertad no existe para las rupturas, sino para las uniones, para el amor, para el bien. El noviazgo es lección de libertad, precisamente porque encierra una fuerza en sí misma y con manifestaciones evidentes hacia el amor definitivo, sellado públicamente por el matrimonio. Así, pues, los novios habrán de saber conjugar su compromiso con la prueba, pero sobre todo habrá que mostrarles que serán más libres cuanto más se comprometan. A este respecto permítasenos traer aquí unas palabras interesantes de un pedagogo moderno: "Nuestra libertad es capacidad de elección entre vínculos. Somos libres no sólo porque podemos elegir entre los vínculos que nos solicitan, sino también, y sobre todo, porque podemos elegir los vínculos que nos permiten desarrollarnos personalmente, es decir, aquellos que están íntimamente con la verdad y con el bien. En esa dirección, nuestra libertad crece: es capacidad de hacerse y de trascenderse"¹⁰.

Precisamente "hacerse" y "trascenderse" son la finalidad de la libertad, y en pocas actividades humanas se entienden mejor que en el noviazgo. Pero precisamente por y para ello es necesaria la madurez en los novios, o lo que es lo mismo, la responsabilidad, que constituye el puente entre la libertad y la fidelidad. También este valor o virtud humana de la responsabilidad debería ocupar un lugar destacado en la "escuela del amor". Implica, en primer lugar, saber elegir: "A la preparación próxima de un buen matrimonio pertenece de una manera especial la diligencia en la elección del consorte, porque de aquí depende en gran parte la felicidad o la infidelidad, del futuro matrimonio, ya que un cónyuge puede ser al otro de gran ayuda para llevar una vida conyugal cristianamente o, por el contrario, crearle serios peligros y dificultades"¹¹. A este respecto, la actividad pastoral deberá preocuparse en promover los medios convenientes para facilitar los

10. O. FERNÁNDEZ OTERO, *Educación y manipulación*, Pamplona 1975, p. 91s.

11. Pío XI, *Enc. Casti connubii*, n. 44.

encuentros entre jóvenes cristianos de ambos sexos. Una vez más habrá que señalar la importancia de la familia y de la escuela cristiana en este punto: el crear situaciones para que los novios decidan no es tan importante como el que sean ayudados, sin coacción de ninguna clase, por la oportuna información de padres y educadores en general, para una más libre y ponderada decisión, pues "será mucho más raro que la discordia encuentre terreno y cebo para echar raíces, si antes del matrimonio, los novios, en vez de comprometerse con un consentimiento precipitado, a la ligera, seducidos por motivos completamente externos y secundarios o por vulgares intereses, se toman tiempo para conocerse mejor, y no se hacen sordos a los sabios consejos..."¹².

También la ayuda en las decisiones tomadas es tarea primordial de la actividad pastoral con los novios. La responsabilidad, es cierto, no es solamente elección, sino también, como su misma etimología indica, dar respuesta, ligarse a lo elegido. Es aquí donde juega todo su papel el valor de la fidelidad. Llegamos con ella al epicentro del pre-matrimonio, a su característica más genuina, sugestiva y enriquecedora. Constituye, pues, la asignatura primordial de esta "escuela del amor" que es el noviazgo cristiano.

El proceso de personificación, de madurez humana o de auto-realización tiene su meta en la transcendencia de la persona misma. En ayuda de esta tarea viene la fidelidad, que pertenece como otras al canon intemporal de los valores humanos. Por todo ello, pensamos que es aquí donde deberían gastarse las mejores energías de la pastoral pre-matrimonial. Y siguiendo el consejo de Pío XI, habrá que contraponer al error la verdad¹³, es decir, se tendrá que dejar bien asentado que fidelidad no es la mera repetición automática de un comportamiento, aunque repetición y comportamiento sean aspectos que interesan a la fidelidad. Tampoco la resistencia, ni incluso la tenacidad, con todo el bagaje de naturalidad que llevan consigo, se pueden identificar con la fidelidad. Incluso la perseverancia y la constancia, con sus duraciones o momentos, respectivamente, se diferencian claramente. No obstante, la costumbre, la resistencia, la tenacidad, la perseverancia y la constancia son sus hermanas pequeñas, que oportunamente y en períodos diferentes del perfeccionamiento humano han de ser debidamente resaltadas.

Hoy se habla de "novios formales" cuando se pretenden describir las relaciones de hombre y mujer que se abandonan el uno

12. Pío XII, *Disc. a los recién casados*, 8-VII-1942.

13. Pío XI, *Enc. Casti connubii*, n. 40.

en el otro, que confían mutuamente, y todo ello según unas leyes preestablecidas social y religiosamente, y de cara a sus conciudadanos. Precisamente, esta última característica es la que les distingue de los “novios fieles”. Los novios son formales a los ojos de los demás; los novios son fieles, aunque nadie les vea, si se exceptúa a Dios, ya se entiende. Nos parece que no es de escasa importancia la distinción clara entre formalidad y fidelidad. Quizás también en el noviazgo auténticamente cristiano, la confusión terminológica entre formalidad y fidelidad haya contribuido en no escasa medida a devaluar la realidad misma de lo que venimos llamando “escuela de amor”.

Tampoco se ha destacado convenientemente que la fidelidad es característica de la vida de lucha y valoración caballeresca por excelencia¹⁴. Este aspecto guerrero de la fidelidad ya fue puesto de manifiesto por el poeta latino: *Non bene si tollas praelia datur amor*. A este respecto, la pastoral del noviazgo deberá fijarse y llamar la atención en el aspecto agónico, de combate, que el tiempo pre-matrimonial comporta.

Sería de desear que el noviazgo cristiano fuera iluminado por los rayos benéficos de la fidelidad, para que apareciera en toda su tenebrosidad lo que desvirtúa ese noviazgo: la aventura amorosa, el flirteo, y el plan aligerado de intenciones y responsabilidades serias. Existen en estos comportamientos mucha apariencia de amor, demasiado romanticismo y coqueteo peligroso. Los novios fieles, por el contrario, que se quieren con sinceridad, reconocen sensatamente que sus afectos necesitan control y orientación correcta. La fidelidad a uno mismo y a la persona amada implica la actividad de aquellas potencias más interiores del ser humano: la inteligencia y la voluntad. “Porque, efectivamente —se preguntaba Pío XII—, ¿qué es la fidelidad sino el religioso respeto del don que cada uno de los esposos ha hecho al otro, don de sí mismo, de su cuerpo, de su mente, de su corazón, para toda la vida, sin otra reserva que los sagrados derechos de Dios?”¹⁵. Así, pues, cuerpo, mente y corazón son los tres aspectos sobre los que la fidelidad irradia su potencia bienhechora y la pastoral de la Iglesia su fuerza iluminadora.

Respecto al primero de los aspectos señalados por Pío XII, es decir, al cuerpo, habrá que “reiterar lo que siempre afirmó la

14. Sobre este punto, bástenos el recurso histórico a los antiguos germanos o al *ethos* caballeresco de la Edad Media, donde la fidelidad descollaba entre los valores humanos de la época.

15. Pío XII, *Disc. a los matrimonios jóvenes*, 21-X-1942.

Iglesia acerca de las relaciones sexuales prematrimoniales, sentidas hoy por muchos jóvenes como un preámbulo natural o aun conveniente del matrimonio: que la verdadera preparación matrimonial es la pureza, el respeto mutuo, el dominio esforzado sobre la natural impaciencia de la pasión, el afán nobilísimo de situar el centro de gravedad de la relación por encima de los sentidos. Sólo puede entregarse el cuerpo cuando con él se entrega la vida entera en el compromiso indisoluble, social, sacramental del matrimonio. Sólo entonces, dentro de esta comunidad definitiva de amor en la sociedad y en la Iglesia, es santa la entrega de los cuerpos: antes, no puede ser sino una ambigua anticipación, abierta a los engaños, las amarguras y frustraciones que la experiencia muestra donde quiera que se ha resquebrajado el orden verdadero del amor cristiano”¹⁶. También, sobre la pureza de los jóvenes, exclamaba San Juan Crisóstomo: “No hay cosa que adorne más a esa edad como la corona de la honestidad, y el que los jóvenes lleguen al matrimonio libres de toda lascivia. Entonces las mujeres les parecerán amables cuando nunca antes se hubieren entregado a la fornicación, ni el alma se hubiese corrompido. Porque entonces el joven no conocerá sino a aquella mujer con la que se ha unido en matrimonio; entonces será más ardiente su cariño y más sincera su benevolencia; entonces la amistad será más íntima, cuando los jóvenes se lleguen al matrimonio tras de haberse defendido con tantas cautelas... Cuando el joven se ha corrompido antes del matrimonio, y luego, enseguida del matrimonio, lanza sus miradas sobre otra mujer ¿de qué, pregunto, le sirve el matrimonio?”¹⁷. Son interesantes las palabras del gran pastor de almas que tuvo Antioquía en el siglo IV, y proyectan una luz enriquecedora sobre la cuestión de las relaciones sexuales prematrimoniales. Estas no son fruto del amor, sino del egoísmo. Lo que verdaderamente es fruto del amor es la procreación de nuevos seres humanos, y la relación sexual entre hombre y mujer no es más que el medio natural para conseguir la finalidad de un nuevo ser personal. Si no se pretende, pues, el fin, no se pongan los medios. Veamos de nuevo otras palabras del Crisóstomo: “Así, pues, con el objeto de que los hijos sean respetados por los demás y amables a Dios, adornemos de virtudes sus almas y llevémoslos con honestidad hasta el matrimonio; porque de este

16. COMITÉ PERMANENTE DEL EPISCOPADO DE CHILE, *Matrimonio y divorcio*, 6-II-1971. Más orientaciones doctrinales sobre el tema, en VARIOS, *La sexualidad. Actuales orientaciones cristianas*, Madrid 1976, 94 pp.

17. SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Hom. I de Anna*, 6: PG 54, 642.

modo les vendrán de eso, como de una fuente, todos los bienes y tendrán propicio a Dios y gozarán de la gloria de la vida presente y también de la futura”¹⁸.

Las palabras citadas del Obispo de Antioquía merecerían un estudio detenido por nuestra parte, que rebasa las pretensiones de estas páginas. No obstante no nos resistimos a señalar aquellos puntos que más sobresalen: lugar primordial que ocupan los padres en el aspecto educacional de la sexualidad; educación de la misma y no mera información biológica; aspecto personal; conexión íntima que existe entre pureza y fidelidad; parecido que existe, no sólo fonéticamente, entre felicidad y fidelidad; etc. Sobre el particular no nos resistimos a traer aquí unas palabras del ya citado Pío XI: “Esta saludable instrucción y educación religiosa sobre el matrimonio cristiano dista mucho de aquella exagerada educación fisiológica, por medio de la cual algunos reformadores de la vida conyugal pretenden hoy auxiliar a los esposos, hablándoles de aquellas materias fisiológicas con las cuales, sin embargo, aprenden más bien el arte de pecar con refinamiento que la virtud de vivir castamente”¹⁹.

Una correcta preparación al matrimonio debe fijarse preferentemente en aquellos aspectos intelectuales y volitivos propios de la persona humana. Efectivamente, característico de la fidelidad es descubrir todos los dones y valores del alma de uno mismo y de la persona amada. La caracteriología, la psicología, las ciencias humanas, ocupan en esta tarea pastoral su lugar propio. Todas ellas han de coadyuvar a los novios en su preparación al santo matrimonio, enseñando, cómo han de resolverse, las principales dificultades que en este tiempo se presentan; y lo que es más importante, señalando el recto camino de la fidelidad de las inteligencias y de los corazones.

A manera de resumen, permítasenos citar las palabras de un autor contemporáneo: “El solo hecho de saber que el compromiso que se va a contraer es irrevocable, incita a los individuos a no aventurarse a la ligera en ese callejón sin salida. Al igual que el conquistador que, al quemar sus barcos antes del combate, se corta cualquier posibilidad de retirada, los novios que aceptan ligarse uno a otro hasta la muerte, sacan de esta ‘idea-fuerza’ una garantía previa contra todos los futuros azares del destino que amenazarán su amor...”²⁰. Si a la inteligencia del compromiso,

18. SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Hom. II de Anna*, 6: PG 54, 652.

19. Pío XI, *Enc. Casti connubii*, n. 41.

20. G. THIBON, *La crisis moderna del amor*, Barcelona 1976, p. 34.

añadimos por nuestra parte, se adhiere la voluntad al compromiso, comprometiéndose; el cumplimiento de aquella otra característica matrimonial, es decir, la indisolubilidad, será cumplidamente enseñada para su recta interpretación y posterior cumplimiento.

Tiempo de gracia

Sería una pastoral truncada aquella que pretendiera recurrir exclusivamente a los aspectos humanos del matrimonio. Hay que ofrecer, por tanto, aquellas otras virtualidades propias del sacramento y características de los novios creyentes. De igual manera, tampoco sería correcto hablar únicamente de los peligros y dificultades que el noviazgo trae consigo, si no presentáramos el aspecto positivo que encierra, la santidad que le caracteriza, las dimensiones apostólicas que le son propias.

Ya el Papa Pío XII advertía que “familias inauguradas en la culpa, a la primera tormenta darán consigo en los escollos o bien andarán como nave abandonada a merced de las olas, a la deriva de doctrinas que, en la llamada libertad o licencia, preparan la más dura esclavitud”²¹. Esta es la razón primera por la que el noviazgo ha de ser “tiempo de gracia”. Efectivamente, los encargados de la pastoral prematrimonial han de iluminar las inteligencias de los novios para que éstos sepan descubrir la fuente de la verdadera felicidad. El noviazgo, como todas las situaciones humanas, ha de ser conforme al orden establecido por Dios; y, puesto que es ley constante, quien se sometiere a Dios conseguirá refrenar, con la gracia divina, sus pasiones y sus concupiscencias, pues “fiel es Dios, que no permitirá que seáis tentados sobre vuestras fuerzas; antes dispondrá con la tentación el éxito para que podáis resistirla” (1 Cor 10,13).

También la fidelidad divina —“fiel es Yavé en todas sus palabras” (Ps 144,13)— habrá de ser resaltada y respetada por los pastores de los novios. No se puede privar a los que se preparan al matrimonio de la eficaz labor educadora de la Palabra de Dios, que es “fuente de sabiduría” (Eclo 1,5); multiplica los amigos y mitiga a los enemigos (cfr. Eclo 6,5ss). Los jóvenes novios habrán de combatir si son fieles, pero a ellos se les puede referir primordialmente aquellas otras palabras inspiradas de S. Pablo: “esperamos un Dios vivo, que es el Salvador de todos los hombres, sobre todo de los fieles” (1 Tim 4,10).

21. Pío XII, *Disc. a los recién casados*, 31-V-1939.

Si se reparara debidamente en la sacramentalidad del matrimonio, no sería difícil a los novios percibir lo que supone de catecumenado el tiempo anterior a la recepción del sacramento. Como todo catecumenado, el matrimonial está basado en la fe, esperanza y caridad de los mismos novios. La fe profunda en Dios, que permite las pruebas, ofrece la penitencia reparadora y liga personalmente a Dios. La esperanza que empuja a trabajar con gozo en el perfeccionamiento de uno mismo y de la persona amada. Finalmente, la caridad logrará eficazmente ese anhelo de difusión y de donación total entre sí, a la vez que orienta al amor de Dios, del que es participación el amor de los novios. Si el noviazgo es el catecumenado del matrimonio, deberá ocupar su lugar destacado en esta específica pastoral una vida de piedad profunda: "es ante todo y muy necesario que quienes se unen con el vínculo santo del matrimonio estén animados por una piedad íntima y sólida hacia Dios, la cual informe toda su vida y llene su inteligencia y su voluntad de un acatamiento profundo hacia la suprema Majestad de Dios"²².

Por ello, la pastoral prematrimonial no podrá prescindir de aquellas prácticas de piedad tradicionales como son la oración, la frecuencia de sacramentos, etc. Así, exclamaba Pío XII: "Hay jóvenes que piensan que en el mundo, a partir de cierta edad, la oración es un incienso cuyo oloroso humo conviene dejar a las mujeres, lo mismo que ciertos perfumes de moda..."²³. Y respecto al Sacramento de la Eucaristía, decía el mismo Pontífice: "la Eucaristía, es, según la bella expresión de San Agustín, signo de unión, vínculo de amor, *signum unitatis*, *vinculum caritatis*, y une por eso y como que suelda entre sí los corazones"²⁴.

Efectivamente, el noviazgo cristiano es tiempo de gracia; por ello, los posibles disgustos que traen los días, la calma aparente que corroe los corazones, la atracción del fruto prohibido, etc., no tendrán poder alguno sobre los novios, si con vigilancia, lucha, sacramentos y oración se conserva ese estado de gracia.

También la acción de los pastores deberá fijarse en aquellos modelos de santidad propuestos para los esposos: las devociones a la Santísima Virgen María y a San José ocupan un lugar destacado, como los mejores paradigmas para los novios cristianos, no sólo por su proyección benefactora sino también por su acción protectora. "La Madre de Jesús es, en efecto, un perfectísimo mo-

22. Pío XI, *Enc. Casti connubii*, n. 37.

23. Pío XII, *Disc. a los recién casados*, 24-VII-1940.

24. Pío XII, *Disc. a los recién casados*, 7-VI-1939.

delo de aquellas virtudes que deben embellecer el estado de los cónyuges cristianos. En María encontramos el afecto más puro, santo y fiel, hecho de sacrificio y de atenciones delicadas, a su santísimo esposo: en Ella la entrega completa y continua a los cuidados de la casa y de la familia: en Ella la perfecta fe y el amor hacia su Hijo divino: en Ella la humildad que se manifestaba en la sumisión a José, en la inalterable paciencia y serenidad frente a las incomodidades de la pobreza y del trabajo, en la plena conformidad a las disposiciones, con frecuencia árduas y penosas, de la Divina Providencia, en la dulzura del trato y en la caridad hacia todos aquellos que vivían junto a los santos muros de la casita de Nazaret”²⁵.

A decir verdad, los aspectos dogmáticos y ascéticos del sacramento del matrimonio deberán ocupar un lugar destacado en la formación de los futuros esposos, pero estos aspectos no han de oscurecer o minusvalorar aquellos otros que se refieren a la fundamentación de una familia mediante una sólida conciencia moral. Así, pues, los pastores han de hacer ver a los novios que la conciencia moral supone, en primer lugar, “un armonioso equilibrio entre la naturaleza y la gracia. La conciencia, en efecto, exige rectitud y equilibrio, equidad de juicio y claridad de vista, fuerza de decisión, franqueza cristalina que, ante las profundas y santas leyes de la vida, rechazan toda componenda, toda vileza, toda mezquindad...”²⁶.

Dentro del orden moral cristiano, ocupará un lugar destacado la debida educación de la sexualidad, que ha de estar orientada al servicio de aquellos otros valores a los que debe tender el matrimonio cristiano. En efecto, para los novios, el principal problema moral que se les plantea es el de hacer cada día mayor el auténtico amor recíproco. Anteriormente hemos hecho alusión a este tema. Baste aquí recordar que los futuros esposos no encontrarán una respuesta satisfactoria a ese problema si únicamente acuden en su ayuda al carácter instintivo y espontáneo de su amor. Misión concreta de los pastores será el que aquellos consigan una profunda y madura convicción del valor irremplazable de la moral cristiana, iluminada por la fe y por la adhesión racional, firme y auténtica, al bien. Los novios deberán recobrar el sentido genuino del amor cristiano, que “ha de ser considerado en su fuente suprema, Dios, que es amor (cfr. 1 Jn 4,8)”²⁷. Es

25. Pío XII, *Disc. a los recién casados*, 31-V-1939.

26. PABLO VI, *Aloc. al tribunal de la Rota Romana*, 12-XII-1964.

27. PABLO VI, *Enc. Humanae vitae*, n. 8.

decir, se les enseñará que el amor no es solamente un ideal al que se debe tender, sino que dicho amor importa una serie de principios que han de ser respetados si no se desea caer en un desorden moral más o menos grave y acabar en situaciones contrarias a la vida de gracia.

No deseamos extender excesivamente nuestras reflexiones al respecto. Diremos únicamente que el noviazgo lleva consigo una serie de circunstancias peligrosas moralmente: el cariño y la necesidad de manifestarlo, la intimidad entre hombre y mujer, etc., etc. Es, efectivamente, un tiempo de prueba y, por lo mismo, tiempo de gracia, ya que "si alguno de vosotros se halla falto de sabiduría, pídale a Dios, que a todos da largamente y sin reproche, y le será otorgada" (Sant 1,5). Lo que, en verdad, no se puede pretender es alcanzar el fin, sin poner los medios convenientes y evitar las ocasiones pecaminosas.

La referencia a Dios, a la ley moral o a la enseñanza de la Iglesia son, efectivamente, los indicadores que han de orientar el amor sincero de los futuros esposos. Existe una "inseparable conexión, que Dios ha querido y que el hombre no puede romper por propia iniciativa, entre los dos significados del acto conyugal: el significado unitivo y el significado procreador... Usar de este don divino destruyendo su significado y finalidad aunque sólo sea parcialmente es contradecir la naturaleza del hombre y de la mujer, y sus más íntimas relaciones, y por lo mismo es contradecir también el plan de Dios y su voluntad"²⁸.

Ciertamente, la misión de la Iglesia es antes que nada evangelizadora, misionera²⁹, pero esa misión no está reñida, como en determinados ambientes pastoralistas se pretende hacer ver, con aquella otra actividad que se desprende del enfoque canonista. No se trata de dos aspectos antagónicos, y mucho menos contradictorios. El interrogatorio prematrimonial prescrito en 1941³⁰, ha servido, sin duda, como punto de partida para que los buenos pastores hayan comenzado mejores contactos con los futuros esposos. Igualmente es evidencia de muchos pastores de almas, que la investigación prematrimonial ha servido también de indicador para mayor interés de una acción pastoral urgente. Y, por último, si nos atenemos a la relación existente entre la "posibilidad" de una acción pastoral para novios y su seriedad, se percibirá nítidamente la importancia de esta parte canónica de la preparación

28. *Ibid.*, nn. 12 y 13.

29. Cfr. *Gaudium et Spes*, n. 92.

30. Cfr. Pío XII, Instr. *Sacrosanctum*, 29-VI-1941.

prematrimonial. Efectivamente, ¿de qué serviría una pastoral del noviazgo seria si los novios, por los impedimentos que existieren, no pudieran recibir válidamente el sacramento del matrimonio? O con otras palabras, ¿habría pastoral prematrimonial auténtica, sin perspectiva canónica? Así, pues, el interrogatorio, tal como sea canonizado por el nuevo Derecho de la Iglesia, es perfectamente conciliable con las exigencias más serias de la buena pastoral y su utilidad viene exigida por la misma.

Precisamente, la formulación de diversas preguntas acerca del consentimiento, que no puede estar asegurado si se hace en grupo, ni delante del otro novio, ni siquiera en presencia de los padres, brinda la inmejorable oportunidad al pastor de almas para iniciar un contacto personal y profundo con el aspirante al matrimonio. Estas circunstancias han de ser repetidamente buscadas, y no únicamente con ocasión de firmar un expediente o dossier. El pastor ha de tener en su mente el procurar una dirección espiritual del novio. Dirección espiritual, por otra parte, que ha de constituir la meta final de toda buena preparación al matrimonio, y que debería permanecer una vez recibido el sacramento.

No se trata únicamente de inquirir sobre aspectos que afectan a la validez del futuro matrimonio. El pastor ha de interrogar a los novios sobre aquellos aspectos que puedan entrañar la duda grave acerca de la licitud del mismo. El matrimonio, recuérdese bien, es sacramento de vivos. Por ello esos puntos han de ocupar un interés notable en todos los pastores de almas. Pero no conviene olvidar, a este respecto, que el pastor no ha de convertirse en juez de conciencias. El respeto a la conciencia de los jóvenes novios, por una parte, y el amor a la verdad, por otra, deben ser las coordenadas en las que desenvuelva su ministerio. La decisión final corresponde, en este sentido, a los novios; pero la actitud bienhechora del pastor deberá fijarse, para orientar prudente y religiosamente, en aquellos comportamientos, palabras, etc., que denoten falta de sentido sobrenatural.

* * *

A manera de conclusión diremos que la auténtica acción pastoral prematrimonial deberá fijarse antes que nada en aquellos aspectos que hacen del matrimonio cristiano una acción humana y divina a la vez. Desde esta perspectiva, ocupa un lugar destacado la fidelidad durante el noviazgo. Ciertamente este valor exige una madurez no sólo psicológica, sino también sobrenatural. La fide-

lidad no es únicamente valor humano, sino también divino; la Sagrada Escritura es reiterativa al respecto: recuérdense, por ejemplo, a Moisés, a David, al mismo Pedro, etc. Esta fidelidad divina es el paradigma que ha de servir a los que se preparan al santo matrimonio, y a la luz de esa fidelidad, los novios descubrirán que la suya es para siempre, o sea indisoluble, como lo es la de Dios para con los hombres.

La fidelidad mutua entre los novios no disminuirá su personalidad propia, sino que les conducirá a cada uno a la identificación con el Amor perfecto, puesto que del El proviene y con El viven. Esta, la fidelidad de los novios, será su gran victoria (cfr. 1 Jn 5,4). Con otras palabras: bien asentados los puntos nucleares de la doctrina cristiana sobre el matrimonio, los futuros esposos tendrán el mejor antídoto y las armas más perfectas para luchar contra aquellos enemigos que la sociedad actual les brinda: el divorcio, la delectación sensible, el amor a prueba, la infidelidad conyugal, la no procreación, el secularismo con todas sus consecuencias. Liberar a los novios de esos contrasentidos es la tarea primordial de los pastores; hacerles ver el “yugo suave” del Señor (cfr. Mt 11,30), será garantizarles la auténtica libertad de los hijos de Dios y, por tanto, su felicidad eterna.